

HUGO DE SAN VÍCTOR, LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Introducción, traducción y notas de *Carmelo Granado, SJ**

Poco sabemos de la vida de Hugo de San Víctor¹, a pesar de ser una de las más grandes personalidades teológicas del siglo XII, como muestran los diversos nombres que le califican de extraordinaria personalidad teológica: “un nuevo Agustín”, “arpa del Señor”, “órgano del Espíritu Santo”². Desconocemos la fecha y el lugar de su nacimiento. Es sajón. Cuando, de paso, nos informa de que en su infancia³ tuvo que emigrar, parece dar como razón la situación económicamente modesta de su familia. Pasó algún período de formación en el monasterio de los canónigos agustinos de Hamersleben, en la Sajonia, ya que conoce a varios miembros de ese monasterio⁴.

En torno al 1114 ó 1115 ingresó en los canónigos regulares del Monasterio de San Víctor en París. En 1127 quizá ocupe algún cargo en la comunidad, dado que su firma aparece en un documento junto a la del abad y a la del prior del Monasterio. La vida de Hugo vida transcurre en la oración, el estudio⁵ y la docencia. Hugo une ciencia profana y ciencia sagrada como trampolín para la contemplación amorosa de Dios. Síntesis que procura transmitir a sus alumnos. Le interesa suscitar en sus estudiantes la reforma de las costumbres y la iniciación en la vida contemplativa⁶.

* Profesor de Antropología Teológica e Historia de la Teología en la Facultad de Teología de Granada.

¹ El nombre de “San Víctor” le viene a Hugo de la Abadía de San Víctor, fundada en París por Guillermo de Champeaux a principios del siglo XII. Esta Abadía puede ser considerada como “el hogar de la mística especulativa del siglo XII” (É. GILSON, *La philosophie au Moyen Âge des origines patristiques à la fin du XIV^e siècle*, Paris 1947, 303). La *Escuela de San Víctor* está representada por las grandes figuras de Hugo y Ricardo de San Víctor. En esta Escuela se da una síntesis de rasgos escolásticos y monásticos: estudio de la Escritura y de los Santos Padres y también de las ciencias. Todo ello encaminado a la consecución de la sabiduría.

² Cf. J. DE GHELLINCK, SJ, *Le mouvement théologique du XII^e siècle*, Bruges-Bruxelles-Paris 1948, 185 (nota 2 con la documentación pertinente).

³ HUGO DE SAN VÍCTOR, *Didascalicon* III 20: PL 176, 778B.

⁴ Los nombres de sus conocidos aparecen con abreviaturas: “Al amado hermano G. y a los otros siervos de Cristo que habitan en Hammersleben, Hugo, siervo de vuestra santidad, [les desea] caminar en la sola paz y alcanzar el único descanso. He escrito para vuestra caridad el Soliloquio del Amor, que he titulado Arras del Alma, para que aprendáis dónde os conviene buscar el verdadero amor y cómo debéis con el deseo de las meditaciones espirituales levantar vuestros corazones hasta los gozos del cielo. Por tanto, carísimo hermano, te ruego que junto con los demás te acuerdes de mí, y no porque vaya dedicado especialmente a ti, se excluye a los demás, ni porque se dé en común a todos, se disminuye la prerrogativa del don. No pretendo con esto provocaros so color de dar consejos, sólo que no pude ocultar el afecto de mi devoción para contigo. Saluda de mi parte al hermano B. y al hermano A. y a todos los otros, cuyos nombres, aunque no los puedo enumerar ahora uno por uno, sí deseo que todos estén escritos en el libro de la vida. Saludos” (HUGO DE SAN VÍCTOR, *Soliloquium de arrha animae*, pról.: PL 176, 951).

⁵ Es interesante su afirmación de su inagotable deseo de saber. “Me atrevo a afirmar que nunca he despreciado lo que perteneciera a la erudición” (HUGO DE SAN VÍCTOR, *Didascalicon* VI 3: PL 176, 799-881).

⁶ “Estando sentado una vez en reunión con los hermanos, ellos planteando preguntas y yo respondiendo, se habló de muchos temas y finalmente las palabras nos llevaron a que al unísono comenzáramos todos a admirarnos y a suspirar muy particularmente de la inestabilidad e inquietud del corazón humano. Y como pidieran con gran deseo que se les demostrara cuál era la causa que provocaba en el corazón del hombre tan gran fluctuación de pensamientos y, además, si se podía hacer frente a este mal tan grande con algún arte o con la ejercitación de cualquier trabajo, pedían insistentemente se les enseñara en tan gran obra. [...] Así pues, en primer lugar hay que demostrar, de dónde provienen tan grandes vicisitudes en el corazón del hombre, y después hay que describir someramente cómo se puede reducir la mente humana a una paz estable y de qué manera puede conservarse en su misma estabilidad. [...] He aquí que hemos mostrado la enfermedad: el corazón que fluctúa, el corazón inestable, el corazón inquieto. Y también hemos mostrado la causa de la enfermedad, a saber, el amor del mundo y también el remedio de la enfermedad que es el amor de Dios. A

Hugo es maestro, en el pleno sentido de la palabra, organiza los estudios y forma discípulos, con los que mantiene provechosos y fecundos diálogos que sirven de base a algunas de sus obras. Entre sus alumnos hay uno encargado de tomar apuntes de sus clases. Hugo revisa cada semana las notas de ese alumno⁷. Hugo de san Víctor emplea métodos pedagógicos propios: las *collationes* o conferencias-diálogos (así en el *De archa Noe* y en el *Libellus de formatione archae* = De archa mystica) se sirve de la imagen (pintada: una exégesis visual) y de la palabra. El dibujo, la imagen, entra por los ojos y sirve para dar el salto de lo visible a lo invisible, lectura y meditación abiertas a la contemplación. Mientras que la sola palabra es más lenta y requiere más tiempo para explicarlo todo.

Murió el 11 de febrero de 1141 y fue enterrado en el coro de la iglesia del Monasterio de San Víctor. Dante en la *Divina Comedia* El Paraíso XII, verso 133 lo coloca a Hugo junto a san Buenaventura y otros bienaventurados.

Hugo de San Víctor es un espíritu enciclopédico, como lo eran y serán los grandes de aquella época, abarcando todas las ramas del saber: filosofía, ciencias, teología, exégesis, historia, gramática, mística. Dice y es lo que él practica que todo se puede meditar. Entre sus obras señalamos:

Didascalicon de studio legendi (PL 176,739-812): La obra se compone de 6 libros introductorios al estudio de las disciplinas liberales (*trivium* y *quadrivium*). Se propone enseñar lo que hay que leer, en qué orden leer y cómo se debe leer. Los 3 primeros libros tratan de las disciplinas del mundo y su estudio: filosofía, lógica [ciencias, artes liberales], la mecánica [técnica y arte]. Los 3 libros restantes tratan de la ciencia sagrada, la *sacra pagina* [Biblia, Padres], sentidos de la Escritura [literal o histórico, alegórico o teológico, moral o tropológico].

De Sacramentis christianae fidei (PL 176,173-618): Esta es la obra principal de Hugo y constituye una verdadera amplia⁸ Suma Teológica con una notable armonía en su composición. El principio conductor de esta *su principal obra* y lo que le da unidad y la hace original es la economía de la salvación desde sus inicios hasta la consumación: un desarrollo histórico lineal de la *historia santa*. En el centro de esta historia, -que va de la *creatio-conditio* (la creación) a la *restauratio* (reparación de la humanidad) y a la espera la *consummatio*- (escatología)-⁹, se encuentra Cristo. La Encarnación es el acontecimiento central de la historia y también centro del Tratado *De Sacramentis*.

todo lo cual se añade un cuarto punto: conseguir el remedio, a saber, cómo podemos alcanzar el amor de Dios, sin el cual poco o nada aprovechará haber conocido todo lo demás” (HUGO DE SAN VÍCTOR, *De Arca Noe Morali* Prólogo: PL 176, 617-620).

⁷ Lo cuenta en una carta el mismo alumno, llamado Lorenzo: “semel in septimana ad magistrum Hugonem tabellas reportabam” (cf. J. DE GHELLINCK, S.J., *Le mouvement théologique du XII^e siècle*, Bruges-Bruxelles-Paris 1948, 188 (nota 2)). Esta tarea se institucionaliza y recibe el nombre de *reportatio*. Cuando el Maestro ha leído y corregido el texto tomado por el alumno la *reportatio* se convierte en *expositio*, como obra del Maestro.

⁸ Pero Hugo la llama “breve”: “quasi brevem quamdam summam omnium” (PL 176, 183-184).

⁹ Una clara formulación de los conceptos *opus conditionis* et *opus restorationis* la ofrece el siguiente texto de Hugo: “Para mejor saber cómo y con qué construir en tu corazón esta nave o arca, de la que he hablado y que gracias a ella podrás escapar del naufragio de este diluvio y también llegar al puerto del descanso, considera las dos obras de Dios, a saber, la obra de la creación y la obra de la restauración. La obra de la creación es la creación del cielo y de la tierra y de todo lo que en ellos se contiene, que fue hecho en seis días. La obra de la restauración es la encarnación del Verbo y todos los acontecimientos que, desde el principio hasta el fin, la precedieron para anunciarla o la siguieron para confirmarla. Todo ello se realiza en seis edades. Pero las obras de la restauración pertenecen más bien a la fe católica y, por ello, las aman más los santos, porque en ellas reconocen los remedios de su salvación” (HUGO DE SAN VÍCTOR, *Quid vere diligendum sit* III: SC 115, pág. 98, línea 56-68 [cita completa de la edición en nota 10]).

Es importante en esta obra el tratado general sobre los sacramentos en general y de cada sacramento en particular. El término *sacramentum* designa esta realidad santa y misteriosa de la que habla la Escritura. Hay sacramentos en la Ley natural (ofrendas, sacrificios), en el AT (circuncisión), en la Ley de la Gracia (el bautismo, etc.). Aquellos son signos y figuras visibles de la gracia invisible de los siete sacramentos cristianos. No tiene una doctrina precisa y acabada de los sacramentos.

De archa Noe morali (PL 176, 617-680): Obra de espiritualidad. Del bello prólogo de esta obra tomamos las últimas líneas que nos ofrece las líneas de todo lo que va a desarrollar: “He aquí que hemos mostrado la enfermedad: el corazón que fluctúa, el corazón inestable, el corazón inquieto. Y también hemos mostrado la causa de la enfermedad, a saber, el amor del mundo y también el remedio de la enfermedad que es el amor de Dios. A todo lo cual se añade un cuarto punto: conseguir el remedio, a saber, cómo podemos alcanzar el amor de Dios, sin el cual poco o nada aprovechará haber conocido todo lo demás”¹⁰.

De archa Noe mystica (PL 176, 681-704): Se trata de una interpretación alegórica del pasaje bíblico que describe el arca de Noé. *Mística* significa aquí alegórica o simbólica.

Junto a estos y otros libros, Hugo de san Víctor posee también una serie de pequeños opúsculos, editados en edición bilingüe en el formato tan manejable de la excelente colección de *Sources Chrétiennes*¹¹: *De meditatione* (diversos modos de meditación y su utilidad en la ascensión mística); *De verbo Dei* (obra de exégesis); *De substantia dilectionis* (la realidad del amor 176, 15-16); *Quid vere diligendum* (lo que de verdad hay que amar); *De quinque septenis* (los cinco septenarios: 7 vicios; 7 peticiones del Padre nuestro opuestas a los siete vicios; su relación con los dones, las virtudes y las bienaventuranzas); *De septem donis Spiritus Sancti*, cuya traducción presentamos, precedida de la siguiente presentación.

El editor del texto latino y su traducción francesa divide el opúsculo en cuatro capítulos que nos sirven ahora de pauta en esta presentación. Tanto la división del texto como los epígrafes son propios del editor del texto que en el manuscrito correspondiente aparece todo seguido.

1. *El Espíritu Santo*. Como punto de partida se presenta el texto bíblico de Lc 11,13. El Padre del cielo dará el Espíritu a los que se lo pidan. Lo piden los hijos. Los siervos piden otras cosas. Hijos y siervos obtienen lo que piden. Los hijos obtienen como don el Espíritu y todo lo demás por añadidura.

El Padre dará el Espíritu bueno a los que se lo pidan. Hay que pedirlo, sin miedos a invitar al Espíritu a que entre en nosotros, pecadores. Cuando él venga, nos convertirá en la mansión digna que él se merece y que nosotros no éramos.

La petición ha de ser confiada en que el Padre nos atenderá. Estando enfermos le suplicamos. Él nos dará el Espíritu que es nuestra salud.

2. *Los siete dones del Espíritu*. *El Espíritu dado bajo siete formas*. Nuestra enfermedad

¹⁰ HUGO DE SAN VÍCTOR, *De archa Noe morali* Prólogo: PL 176, 619-620.

¹¹ HUGUES DE SAINT-VICTOR, *Six Opuscules Spirituels*, Introduction, Texte critique, traduction et notes par Roger BARON (Sources Chrétiennes 155), Éditions du Cerf, Paris 1969.

son los siete vicios (o pecados capitales). Para cada vicio hay una medicina. El remedio de cada enfermedad es el Espíritu, que siendo en sí uno solo y una sola medicina, se da de modo septiforme, bajo la forma de don, para curar las siete enfermedades.

La enumeración de los siete dones sigue la enumeración de Is 11,2. Los siete dones no destruyen la unicidad e identidad del único Espíritu (1 Cor 12,11), que se identifica con cada uno de ellos. Recibir un don es recibir al Espíritu.

3. *La diversidad de la operación del Espíritu Santo.* El Espíritu es uno en su mismidad, pero se multiplica viniendo a nosotros. Su venida puede resultar dolorosa, pero es absolutamente necesaria.

En nosotros luchan dos contrarios: la medicina y la enfermedad. Precisamente por estar enfermos, nos causa dolor la medicina. La presencia de ambos causa dolor. Pero no hay que culparla de nuestro dolor, sino a nuestra enfermedad. Si estuviéramos sanos, no necesitaríamos la medicina.

La venida del Espíritu no se hace sin contradicción y resistencia por parte nuestra. Pero finalmente viene y nos hace conocer nuestro interior.

4. *Los beneficios de la venida del Espíritu.* Los beneficios de la venida del Espíritu son iluminación para ver y prever y vivificación para sentir y presentir y conocer el mal que padecemos y el que merecemos. Antes de su venida ni veíamos ni sentíamos; ni mirábamos, ni prestábamos atención.

Con la nueva sensibilidad del Espíritu, vemos nuestras culpas y tememos el castigo. Como la iluminación comporta sufrimiento y aflicción, comenzamos a corregirnos.

La iluminación trae consigo el beneficio de hacernos ver la posibilidad del aterrador castigo, aunque al principio nos parezca terrible la misma luz, pero ella nos ayuda a corregir nuestros errores.

La iluminación es tormento y liberación. En cuanto tormento es un castigo temporal, pero nos pone en condición de librarnos del castigo eterno. Y esto es un bien.

Y esto lo realiza el Espíritu: te libera a partir de tu sufrimiento, luego Su dulzura se te convierte en gozo. “En ambos casos es personalmente uno y el mismo: aquí el que actúa, allí el que actúa y el que desde sí mismo actúa”.

LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Está escrito: *Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu bueno a los que se lo pidan!*¹². Así que el Padre del cielo dará el Espíritu a los hijos que se lo pidan. En efecto, los que son hijos no buscan otra cosa; los que buscan otra cosa, son los mercenarios, los siervos, no los hijos. Los que buscan plata, los que buscan oro, los que buscan lo transitorio, los que buscan lo terreno, estos buscan un trabajo de esclavos, no un espíritu de libertad. Se da lo que se busca. Si buscas lo corporal, no recibes más que lo que buscas. Si buscas lo espiritual, se te da lo que buscas y se te añade lo que no buscas. *Buscad primero el reino de Dios, y todo esto se os dará por añadidura*¹³.

Así pues, teniendo que pedir al Padre, y al Padre que está en el cielo, busca los dones del cielo, no los de la tierra: no los bienes terrenos, sino la gracia espiritual. Pues dará el Espíritu bueno a lo que se lo pidan. Te dará su Espíritu para sanar tu espíritu; te dará el Espíritu Santo y sanará tu espíritu pecador. Este es el enfermo, aquél la medicina¹⁴. Si, pues, quiere que este sane, busca a aquel. Si pides por tu espíritu, pide el Espíritu. No temas aplicar la medicina a la enfermedad. La enfermedad no corrompe la medicina, sino que la medicina aniquila la enfermedad. No la infecta, sino que con aquella se destruye. Así pues, no temas invitar al Espíritu de Dios a que venga a tu espíritu pecador, porque eres pecador e indigno¹⁵ de su compañía. En efecto, su venida no tiene lugar porque seas digno, sino para que te hagas digno. Vendrá a ti para poner su mansión en ti. Y no la encontrará cuando venga, sino que vendrá para ponerla. Primero la edificará, después la habitará. Primero sanará, después iluminará¹⁶. Lo primero para la salud, después para alegría.

Si, pues, eres hijo y pides al Padre, confía, no temas. Dios escucha, un Padre atiende. Como no puede no oír, porque es Dios, no puede dejar de atender, porque es piadoso. Por tanto, te dará lo que pides, si pides rectamente, y tu oración no caerá en el vacío, si es digna de ser escuchada. Oraste por la curación de una enfermedad, recibirás la medicina. Tus vicios son tu enfermedad¹⁷. El Espíritu de Dios es tu salud. Contra la enfermedad de la soberbia¹⁸ se te dará la

¹² Lc 11,13.

¹³ Mt 6,33.

¹⁴ La medicina, el remedio de nuestras enfermedades, es el Espíritu. La frecuente presencia del término *medicina* en este opúsculo puede considerarse como uno de los nombres del Espíritu Santo.

¹⁵ Perspicaz observación psicológica: considerarse indigno, por pecador, de recibir la gracia o la presencia del Espíritu supone un bloqueo y una cerrazón ante Dios. Como se indica en la continuación del texto, no es nuestra dignidad la que atrae la presencia de Dios, sino que Dios se hace presente y con ello nos dignifica.

¹⁶ El tema de la iluminación aparece repetidamente en este opúsculo, particularmente al final del capítulo III y en todo el capítulo IV. El mismo Espíritu es luz *lumen* en los capítulos III y IV.

¹⁷ “Para que comprendas que los mismos vicios (*vitia*) son como ciertas enfermedades (*languores*) del alma” (HUGO DE SAN VÍCTOR, *De quinque septenis* 1, SC 155, pág. 10, línea 33-34). “En la Sagrada Escritura se enumeran muchas virtudes, especialmente las que en el Evangelio se disponen como una especie de antídotos [remedios] o sanidades en número de siete con la corrupción de los siete vicios. La primera [salud] es la humildad, la segunda la mansedumbre, etc. Pues el hombre que yace en el pecado está enteramente enfermo; las heridas son los vicios; Dios es el médico; los dones del Espíritu Santo, los remedios; las virtudes, las curaciones; las bienaventuranzas, los gozos: pues mediante los dones del Espíritu Santo se sanan los vicios. La curación de los vicios es la actuación de las virtudes. [El hombre] sano realiza obras y las obras son remuneradas” (HUGO DE SAN VÍCTOR, *De Sacramentis*, libro II Parte XIII, cap. 2).

¹⁸ “Contra la soberbia se dirige la primera petición, con la que decimos a Dios: *Santificado sea tu nombre*. En efecto, lo que pedimos es que nos dé temer y venerar su nombre, a fin de que le estemos sometidos mediante la humildad los que por la soberbia hemos sido rebeldes y contumaces. A este petición se le concede el don del Espíritu de temor del Señor, para que con su venida a nuestro corazón cree en él la virtud de la humildad que sane la enfermedad de la soberbia, para que el hombre humilde pueda llegar al reino de los cielos (cf. Mt 5,3), que el ángel soberbio perdió por su orgullo” (HUGO DE SAN VÍCTOR, *De quinque septenis* III: SC 155, pág. 110, líneas 151-159).

medicina del espíritu de temor, para sanar la corrupción del engreimiento y restaurar la salud que es la humildad.

II

LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU. EL ESPÍRITU BAJO SIETE FORMAS

Cada vicio tiene su medicina particular. Hay siete vicios¹⁹ y hay siete espíritus. Cuantas son las enfermedades²⁰, tantas son las medicinas. ¿Qué son los siete espíritus? Son los siete dones del Espíritu. Los dones son espíritus y los espíritus son dones. El don del Espíritu es el Espíritu. El Espíritu se da a sí mismo. El único Espíritu se da de modo septiforme. Por eso, hay un único Espíritu y siete espíritus, porque es dado de modo septiforme y es inspirado de modo septiforme. Hay siete inspiraciones y un único Espíritu. Una sola medicina cura las siete enfermedades. Por eso, una y siete: una sola naturaleza y siete operaciones, una sola sustancia y un efecto septiforme.

El primer espíritu es el espíritu de temor, el segundo espíritu es el espíritu de piedad, el tercer espíritu es el espíritu de ciencia, el cuarto espíritu es el espíritu de fortaleza, el quinto espíritu es el espíritu de consejo, el sexto espíritu es el espíritu de inteligencia, el séptimo espíritu es el espíritu de sabiduría²¹. *Y todo esto lo lleva a cabo un único y mismo Espíritu* (1 Cor 12,11). Él personalmente es el temor, la piedad, la ciencia, la fortaleza, el consejo, la inteligencia, la sabiduría. El que es uno solo para sí, se hace todo esto para ti. Recibiéndole a Él que no es diverso, eres formado para lo diverso.

III

LA DIVERSIDAD DE LA OPERACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Por eso se multiplica en ti el que en sí es siempre uno solo y el mismo. En efecto, el que es tu amor, es él mismo tu temor. *Jacob prestó juramento a Labán por temor a su padre Isaac* (Gen 31,53). El que lleva a término, es también el que da comienzo. Primeramente viene a ti para hacerte temeroso; al final, para hacerte amante. Es la misma luz que hiere unos ojos legañosos y acaricia los ojos limpios: realiza cosas diversas, porque encuentra cosas diversas. Y, sin embargo,

¹⁹ Los enumera en *De quinque septenis* I (SC 155, pág. 100, líneas 6-8): orgullo, envidia, cólera, tristeza, avaricia, gula, lujuria; y también “[Los vicios/corrupción] son los siguientes: el primero, soberbia; el segundo, envidia; el tercero, la ira; el cuarto, la acedia [pereza]; el quinto, la avaricia; el sexto, la gula; el séptimo, la lujuria. De estos, los tres primeros despojan al hombre; el cuarto azota al expoliado; el quinto expulsa al azotado; el sexto seduce al expulsado y el séptimo somete a esclavitud al seducido” (HUGO DE SAN VÍCTOR, *De sacramentis* III cap. 1: PL 176, 525C). “La Escritura enumera siete vicios capitales o principales u originales. Se llaman capitales o principales u originales, porque son cabeza, principio y origen de todos los demás. Todos los demás proceden de estos siete vicios. La diferencia entre pecados y vicios parece consistir en que los vicios son corrupción del alma, de los que, si no se refrenan con ayuda de la razón, surgen los pecados, es decir, los actos injustos” (HUGO DE SAN VÍCTOR, *De Sacramentis* III cap 1: PL 176, 525A).

²⁰ Aquí (y en líneas anteriores) utiliza el término *morbi* para indicar las enfermedades. Con el término *languores* y *vulnera* puede verse este preciso texto prácticamente paralelo al actual: “Distingue en primer lugar estos (septenarios), para que llegues a comprender que los vicios mismos son como las enfermedades [*languores*] del alma o las heridas heridas [*vulnera*] del hombre interior; que el hombre mismo es como un enfermo [*aegrotum*]; que el médico es Dios; que los dones del Espíritu Santo son el antídoto; las virtudes son la salud; y las bienaventuranzas el gozo de la felicidad” (HUGO DE SAN VÍCTOR, *De quinque septenis* I: SC 155, pág. 102, líneas 33-37).

²¹ Los siete dones del Espíritu se inspiran en el texto de Is 11,2. La lista de los siete dones se encuentra también en HUGO DE SAN VÍCTOR, *De quinque septenis* I: SC 155, pág. 102, líneas 19-23).

es en sí misma una sola cosa y también en ti sería una sola cosa, si te encontrara siendo uno solo. Si tienes ojos sanos, percibes la luz sin daño alguno²², pero si tus ojos están enfermos, su aparición te resulta dolorosa. A pesar de todo, conviene que aún así venga, porque si no eres atormentado, no serás iluminado.

Dos contrarios luchan entre sí: la medicina y la enfermedad. La medicina a tu favor, la enfermedad contra ti. Si no se opusiera resistencia a la enfermedad, no se seguiría la salud. Si no se opusiera resistencia a la medicina, no se percibiría el dolor. Tu dolor consiste en la lucha de los contrarios, pero no te quejes de la medicina, sino de la enfermedad. Del dolor que los dos provocan, culpa a una sola de ellas: la medicina quiere hacer el bien, la enfermedad pretende hacer daño. Por eso la enfermedad sola tiene sufrimientos, no salud; la medicina sola tiene salud, no tiene sufrimientos; pero cuando están juntas, la lucha de los contrarios produce dolor: de una, porque quiere venir para ser de provecho, de la otra, porque no quiere marcharse para hacer daño. Pero en este dolor hay que responsabilizar a la enfermedad, no a la medicina, porque lo que atormenta procede de la enfermedad, que si no existiese, habría salud y no habría ningún dolor.

Así pues, viene el Espíritu y con sus inspiraciones se infunde en ti. Tú, por cuanto llevas en ti lo que le es contrario, no le das enseguida tu asentimiento, sino que le haces resistencia para que no entre pacíficamente en ti. Pero Él viene y te ilumina para que veas en ti lo que tenías antes, pero que no lo veías, y no lo veías, porque no prestabas atención.

IV

LOS BENEFICIOS DE LA VENIDA DEL ESPÍRITU

Con su venida te ilumina y te vivifica: te ilumina para que veas, te vivifica para que sientas. En efecto, sientes y presentes y ves y prevés. Ves una cosa y prevés otra; sientes una cosa y presentes otra. Ves el mal y prevés el mal. Ves el mal presente y prevés el mal futuro. Sientes la culpa y presentes el castigo. Antes de venir a ti el Espíritu Santo, ni veías estando ciego, ni sentías estando muerto; y, por eso, no veías, porque no mirabas; ni sentías, porque no prestabas atención. Pero después de llegar el bien, te has despertado con su sabor y has sido iluminado para conocer el mal: en primer lugar, el mal que padecías, a saber, la culpa; después también el mal que merecías de él y por él, es decir, el castigo. Ambas cosas te las enseñó la venida del bien: sentir el mal presente y prever el mal futuro.

De ahí brota aquel sufrimiento medicinal, cuando sensibilizado al mal que padeces, comienzas a dolerte para corregirte, e iluminado acerca del mal que mereces, comienzas a temer para evitarlo. En efecto, si no te dolieras, no te corregirías y si no temieras, no lo evitarías. Por tanto, primeramente eres iluminado en cuanto a la culpa, para que la veas; después en cuanto al castigo, para que lo temas. De modo que finalmente sensibilizado por el temor, te duelas. En efecto, si no se viese el castigo que habría que temer, nadie tendría dolor de una culpa que le produciría placer. Por eso se te muestra el castigo que ha de seguir a la culpa, para que la misma culpa que te agrada en la experiencia, al menos te desagrade en la retribución. Y para que comiences a atender que es malo incluso lo que en la culpa te parece dulce, siendo tan malo lo que procede de ella y lo que después de ella se percibe como amargo. Por tanto, se te ilumina y se te aflige, porque ves lo que produce miedo y tienes de qué dolerte. Si no fueras iluminado, no te

²² Cf. Mt 6,22-23; Lc 11,34.

atormentaría, porque no verías qué temer. En cambio, si no hubiera en ti lo que debiera ser entregado a las llamas, se vería el fuego sin sufrimiento y recibirías la iluminación para no sentir la aflicción.

El castigo produce terror, la culpa temor. Todo esto resulta de la inesperada venida de la luz con la que se muestra el castigo para que se vea y se vuelve consciente la culpa para que se reconozca. Sin embargo, una cosa es aquello con lo que ves y otra aquello que ves; una cosa es aquello con lo que eres iluminado y otra cosa aquello para lo que eres iluminado. Aquello con lo que eres iluminado ayuda; aquello para lo que eres iluminado aterriza. Sin embargo, el terror como que se imputa a la luz, porque antes de ser iluminado no te aterriza, no se corrige la culpa. Por eso la luz te hace un bien al mostrarte lo que atormenta, porque mediante eso corrige lo que deleita en sentido malo. Por tanto, eres iluminado para que te aterres. Al principio la luz es terrible. Pero lo que son terribles son las tinieblas que se ven mediante la luz, porque no puede verse sin terror lo que no puede sentirse sin dolor, especialmente por aquel que reconoce haber merecido lo que ve como una amenaza y no puede evitarlo.

Así pues, el temor surge cuando se prevé el peligro, temor que conlleva un castigo y es un mal por cuanto atormenta, pero no es un mal por cuanto libera: dije un mal, no el mal. En efecto, todo castigo es un mal, pero no todo castigo es malo. Pues lo que ayuda y aprovecha para algo, es un bien incluso si no lo es en sí mismo. Por eso viene un castigo menor para evitar el castigo mayor, y esto es un bien aunque procede de aquello que no es el bien. Mediante el castigo somos liberados del castigo y es oportuno sentir temporalmente lo que es molesto, para no tener que sentir para siempre lo que es intolerable.

Ahora bien, este bien tuyo lo realiza a partir de lo que no es tu bien Aquel que es tu verdadero bien, habiendo de realizar después otro bien tuyo, que no sólo procederá por medio de él, sino a partir de él. En efecto, primeramente lleva a cabo tu liberación a partir de tu sufrimiento, después lleva a cabo tu gozo a partir de su dulzura. Sin embargo, en ambos casos es personalmente el único y el mismo: aquí el que actúa, allí el que actúa y el que a partir de sí mismo actúa.